

# ¿Cómo retener el galardón?

## 8.1—10.39

---

*Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza,... (10.23).*

Cuando una iglesia muestra señales de pereza, ella necesita palabras claras de exhortación. Ella necesita palabras claras de autoridad y un recordatorio de su obligación de perseverar en lo que ya ha comenzado. No debe sorprendernos que encontremos frecuentes y apremiantes demandas en 10.19–39: El autor dice: “... acerquémonos... Mantengamos firme, sin fluctuar,... y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos,...”. El sermón debe confrontarnos con nuestras propias omisiones y recordarnos del deber que ha de cumplirse.

Las demandas que el autor hace en los versículos 22, 23, 25 y 35, les son hechas a un pueblo al que le es “necesaria la paciencia” (10.36). Ellos están en peligro de retroceder (10.39). Una iglesia apática necesita oír algo más que simplemente las buenas nuevas de las obras de Dios. Necesita oír acerca de las demandas que Dios hace en el sentido de que se mantengan firmes (10.23), hagan buenas obras, y sean parte de la vida de la iglesia.

Esta no es la primera sección de Hebreos que nos llama a ser responsables. Ya hemos leído palabras de llamamiento en Hebreos (2.1–4; 3.6, 14; 5.11–6.9). Este libro sobre renovación ha acusado (5.11–14), ha advertido (2.1–4), y ha llamado (6.11) a los lectores a mantener su dedicación. Una forma característica como el autor se dirige a sus lectores es con el uso de la primera persona del plural: “Temamos”, “Retengamos”, “Acerquémonos”, “Vamos”, “Tengamos”, “Salgamos” (4.1, 14, 16;

6.1; 12.28; 13.13). Una iglesia perezosa tiene que ser confrontada con su responsabilidad.

Pero las palabras de llamamiento jamás son suficientes. Una iglesia no puede sobrevivir cuando sólo se le deja caer un aluvión de demandas. Las demandas no significan nada si no nos damos cuenta de que poseemos un don que vale la pena preservar. En consecuencia, la exhortación debe ir siempre acompañada de recordatorios de lo que a la iglesia se le ha dado. Ésta es la estrategia que se manifiesta en Hebreos, especialmente en la porción 10.19–39. Las palabras de aliento siempre siguen a grandes afirmaciones acerca de Jesucristo. Así, la exhortación de 2.1–4, se basa en la afirmación del capítulo uno; la exhortación de 4.16, se basa en el don de Dios que se menciona en 4.14–15. Asimismo, la exhortación de 10.19–39, llega al final de una importante sección de Hebreos que comenzó en el capítulo cinco. El llamamiento se basa en la afirmación en el sentido de que Jesús es el gran sumo sacerdote.

La fe que no se arraiga firmemente en Dios, no merece ser retenida. Así, antes de comenzar el autor sus demandas (“...acerquémonos...”, “Mantengamos...”, “... considerémonos...”) en 10.22–24, él hace el siguiente resumen: “Así... teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo,... acerquémonos” (10.19, 22). Estas palabras constituyen un resumen de lo que fue dicho en 8.1–10.18. Las referencias al santuario, a la sangre de Jesús, y al “gran sacerdote sobre la casa de Dios”, nos remiten a estos capítulos. Ni las grandes afirmaciones, ni las demandas pueden sostenerse por sí solas. La demanda se basa en la gran obra de Jesucristo. Lo que tenemos

en 10.19, es nuestra motivación a la acción. Podemos notar los recordatorios regulares del autor, de lo que tenemos en Jesucristo (4.14–15; 6.9; 8.1; 10.34; 13.10). Es decir, lo que tenemos en Jesucristo es demasiado bueno como para desecharlo.

### DEMASIADO BUENO COMO PARA DESECHARLO

¿Qué es lo que nos motivará a permanecer fieles en la vida de la iglesia? Hebreos 10.19–21, nos menciona varios particulares que son demasiado importantes como para desecharlos. Está, por ejemplo, el hecho de que tenemos “libertad para entrar en el Lugar Santísimo” (10.19). Este recordatorio se refiere a 8.1–6, donde nos enteramos de que la obra de sumo sacerdote, de Cristo, fue hecha en el “verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (8.2). Los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento entraban en el tabernáculo cada año para cumplir con su obligación (Levítico 16). Pero la obra de ellos se hacía en un santuario terrenal. Hebreos 8.5, dice que el antiguo santuario era sólo “figura y sombra” del verdadero santuario. Por lo tanto, era un santuario defectuoso, una condición que el Antiguo Testamento le reconocía (8.7).

Muchos intérpretes creen que el punto principal de Hebreos, es la declaración de 8.1. El autor dice: “Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos”. El Señor que adoramos no está limitado por el espacio y el tiempo. Otros líderes son finitos y temporales. Pero el cristiano está de pie sobre un fundamento sólido, sabiendo que su Señor no es solamente una persona que vivió en el pasado. La obra de nuestro Señor no podía ser detenida. Él fue exaltado a la diestra de Dios en el “verdadero tabernáculo”. Cuando hablamos de Jesús como el único que fue exaltado a la diestra de Dios, estamos reconociendo que ningún otro tiene un estatus como el Suyo.

El autor afirma, más que ningún otro escritor del Nuevo Testamento, que Jesús está a la diestra de Dios (1.3, 13; 8.1; 10.12). Hay una razón práctica para esta insistente afirmación. Los cansados lectores dudaban del valor de su peregrinaje cristiano pues no tenían meta alguna a la vista. Así, el autor enfatiza que Jesús ha abierto el camino y ha puesto a disposición la meta. Anteriormente, a Jesús se le describió como “pionero” (2.10; RSV) y “precursor” (6.20) que abre la vía que lleva a la meta. En 10.19, el escritor expresa: “... teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la

sangre de Jesucristo”. Jesús no es el único que comparece delante de Dios en el santuario. Según 10.19, nosotros podemos entrar ahora con Él.

Las buenas nuevas, según Hebreos, es que Jesús ha hecho por nosotros, lo que nosotros ni nadie más podía haber hecho. Él nos dio acceso a Dios y la “libertad para entrar” (10.19). La palabra griega que se traduce por “libertad para entrar” en 4.16, y 10.35, no describe un sentimiento subjetivo. Es la palabra que se usa para referirse a la autorización o derecho a acercarse a alguien de rango superior. Nuestro “derecho” a acercarnos a Dios no existía antes de la obra de Cristo. Pero “Él nos abrió” el “camino nuevo y vivo”. La ilustración sugiere un salón de entrada, el cual lleva al santuario que estaba cerrado, pero que ahora ha sido abierto. La palabra griega que se traduce por “abrió” (*egkainizo*) era la que normalmente se usaba para referirse a la inauguración de un camino o edificio nuevos. El camino que lleva a Dios ha sido abierto a través de la muerte de Cristo. Sin Él, nosotros no tendríamos derecho de comparecer delante de Dios.

### EL GRAN SACRIFICIO (8.8—10.18)

Hebreos 10.19, recalca que, lo que Cristo ha hecho por nosotros, no podríamos haberlo hecho nosotros mismos. Nuestro acceso a Dios vino “por la sangre de Jesucristo” (10.19), y a través “de su carne” (10.20). Esto se refiere al anterior énfasis de Hebreos sobre el sacrificio. En 8.8–13, por ejemplo, el autor comparó los dos pactos y dijo que en el nuevo pacto, Dios “nunca más” se acordará de los pecados de ellos (8.12). El pacto de Jesucristo, muchísimo mejor que cualquier otro, nos libra de nuestros propios pecados.

El capítulo nueve incluye una descripción detallada de los sacrificios que se hacían bajo el antiguo pacto. En el primer pacto, los sacrificios eran ofrecidos anualmente por los pecados del pueblo. El sumo sacerdote tomaba la sangre de los toros y de los machos cabríos (9.7, 12, 13) y la ofrecía “por sí mismo y por los pecados de ignorancia del pueblo” (9.7). Sin derramamiento de sangre no había remisión de pecados (9.22). Pero aquellos sacerdotes y sus sacrificios no eran perfectos (7.11). No lograban purificar la conciencia (9.14–10.1). Y el hecho de que se ofrecieran una y otra vez sugería que no eran eficaces (10.1–4). Sólo servían para recordarle al pueblo de sus pecados (10.3). Dios no se agrada de sacrificios ni de ofrendas quemadas (10.8). No hay actividad humana que pueda librar de la culpa.

Dado el anterior trasfondo, nos deja admirados

la suficiencia de la obra de Cristo. En lugar de ofrecer un sacrificio ineficaz, Él ofreció Su propia sangre (9.11–14). A diferencia de los antiguos sacrificios, no hubo necesidad de que Su vida y Su muerte se repitieran (10.1–4, 11–18). A Su muerte Él se entregó completamente a la voluntad del Padre. Cristo hizo por la humanidad lo que ella no podía hacer por sí misma. Él le dio perfecta obediencia. Al darse Él mismo, Él posibilitó que nos diéramos nosotros mismos.

Los cristianos que están en peligro de retroceder (10.39) necesitan reconocer lo que se ha hecho por ellos. Ello puede motivarlos a resistir. En Hebreos, el conocimiento de que Cristo ha hecho la obra perfecta de un sumo sacerdote (8.1–10.21), proporciona el trasfondo para la exhortación que dice: "... acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura" (10.22). Nos acercamos porque Cristo abrió el camino (10.19; 6.20). Nuestra conciencia fue purificada, no por nuestros logros, sino por Su perfecta obediencia. Hemos sido purificados porque en el bautismo, Su obra purificante se nos facilitó a nosotros. Es como si se nos hubiera dicho: "Cristo les ha dado la oportunidad de comenzar de nuevo, y les ha abierto el camino. Es obligación de ustedes acercarse". Su sacrificio nos puso a disposición toda "plena certidumbre de fe" (10.22) que tengamos.

Para muchos de nosotros, la idea de sacrificio es difícil de entender, porque jamás hemos visto un sacrificio animal. Nos preguntamos si hay algo en Hebreos 8–10, que le pueda ser comunicado a los lectores enfrentados a problemas de una era diferente. Aunque el argumento puede sonarnos extraño, debemos oír el mensaje en el sentido de que Cristo nos liberó del peso de una "mala conciencia" (10.22). Hasta en una sociedad tan secular como la nuestra, el problema de la conciencia es uno del cual tenemos conocimiento.

Thomas Harris escribió en su libro *I'm OK—You're OK (Yo estoy bien —tú estás bien)*, que apenas alcanzamos la edad adulta, todos llegamos a sentir que no estamos "bien". Una ofensa en particular puede no perturbar nuestra conciencia. Puede que sencillamente no sintamos que hemos llegado a ser todo lo que deberíamos ser —como vecinos, padres, esposos y esposas. Como no creemos que estamos "bien", acudimos a los "sumos sacerdotes" de nuestra sociedad para sanarnos. El sumo sacerdote de hoy día puede serlo el terapeuta a quien acudimos buscando comprensión y dirección. Puede serlo algún autor favorito o algún formador

de opinión. Al igual que los lectores de Hebreos, nosotros entendemos lo que significa tener una "mala conciencia" (10.22).

El Nuevo Testamento, especialmente el libro de Hebreos, proclama que es Jesucristo, no los demás sumos sacerdotes, el que purifica nuestras conciencias, y nos abre el camino que lleva a Dios. Según 4.14, Cristo es el aquel que, lleno de compasión, nos alivia de las cargas del pasado. Cuando usted reconoce que sólo Él purifica la conciencia, usted podrá seguir adelante.

Existe un mensaje apremiante en las exhortaciones de 10.23–25. Reconocemos los problemas de una congregación perezosa. El entusiasmo y la activa participación en la vida de la iglesia han disminuido. Pero estas demandas llaman a la congregación a responder al don de Dios. Como Él ha abierto el camino, nosotros respondemos ahora de las siguientes maneras. En primer lugar, está la demanda en el sentido de retener "firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza" (3.6). A estos cansados cristianos se les ha dicho reiteradamente que retengan "firme" (3.14; del griego *katecho*, o "que se agarren de", en 6.18; RSV) lo que a ellos se les ha dado. Es como si el autor les dijera: "¿Recuerdan ustedes la confesión original que hicieron en el momento del bautismo y las buenas nuevas que recibieron? Ustedes deben ahora retener lo que se les ha puesto a su disposición. De hecho, como Dios es 'fiel' (*pistos*, esto es, digno de confianza), ustedes tienen ahora una posesión, la cual pueden mantener firme, *sin fluctuar*". Si Dios es digno de confianza, nosotros también deberemos ser dignos de confianza y no "fluctuar".

También, el hecho de que se nos ha dado un precioso don, nos lleva a considerarnos "unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras" (10.24). Es por causa de Cristo que nosotros centramos nuestra atención en un entusiasmo por la comunidad de cristianos. Tenemos la responsabilidad de estimular a los demás a la acción. La palabra griega que se traduce por "estimular" o "agitar" (RSV) es *paroxysmos*, de la cual proviene la palabra "paroxismo". La palabra insinúa nuestra responsabilidad de estimular o "agitar" la comunidad. En un sentido muy real, el entusiasmo de la iglesia depende de que seamos agentes que estimulen a los demás. La renovación de la iglesia no podrá suceder si no hay algunos miembros que estén motivados por el don que Dios les da de "agitar" a los demás.

Gran parte de la "agitación" tiene lugar cuando nos reunimos para adorar (10.25). Una de las señales del decaimiento de la comunidad a la cual Hebreos

fue dirigida, era la disminución de la asistencia al culto. Tal vez había algunos que habían cogido la “costumbre” de dejar de congregarse por carecer de interés. Pero no hay iglesia que pueda recobrar su entusiasmo sin tomar en serio la adoración en colectividad. Estas reuniones constituyen ocasiones para exhortarse unos a otros.

Debe preocuparnos la vitalidad de toda congregación que no tome en serio la adoración en colectividad. No puede reducirse la religión a la repetición mecánica de ciertas actividades, tal como algunos lo han hecho. Es obvio que los cristianos hacen buenas obras fuera de las asambleas. Pero no podemos negar que la salud de la iglesia se refleja en la actitud colectiva hacia la asistencia de la iglesia. Es aquí donde nosotros nos “agitamos” y nos exhortamos unos a otros.

### **CUANDO SE CAE EN MANOS DEL DIOS VIVO (10.26–31)**

La pereza de una comunidad es señal de que damos por sentado el gran don dado por Dios en Jesucristo. Las palabras que describen los dones de Dios, comienzan a perder significado para nosotros, cuando llegamos a familiarizarnos con ellas tanto, que empiezan a sonar como una vieja canción. Así, leemos sin entusiasmo que hemos llegado a ser “participantes del llamamiento celestial” (3.1), o que tenemos “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo” (10.19). Damos por sentados estos dones y nos aburrimos de ellos. Al igual que el gran escritor alemán, puede que sólo digamos: “Dios me perdonará; esa es su ocupación”.

Como los cristianos fácilmente dan por sentadas estas palabras de la gracia de Dios, hay lugar para una palabra de advertencia. Hebreos nos habla de las buenas nuevas del sacrificio de Cristo, y también nos advierte que no podemos jugar con Dios. El autor pregunta: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (2.3).

En 10.26–31, el autor advierte nuevamente a sus lectores, con el fin de disuadirlos de cometer apostasía. Este pasaje es una de las tres funestas advertencias de la epístola, acerca de la imposibilidad del arrepentimiento para los que cometen apostasía (6.4–6; 12.16–17). Estas palabras pertenecen a la categoría de las palabras de Hebreos que son más difíciles de entender para nosotros. Los intérpretes tienen desacuerdos sobre este pasaje. Pero aunque haya desacuerdo entre los eruditos acerca del significado pleno de las palabras, esto es lo cierto: Se nos dice que no podemos jugar con Dios. “¡Horrenda cosa es caer en manos del

Dios vivo!” (10.31). O, como el autor lo expresa más adelante: “... nuestro Dios es fuego consumidor” (12.29). No podemos apostatar contando con que “Dios nos perdonará; [pensando] esa es su ocupación”. Jesucristo fue crucificado solamente una vez. Cuando nos convertimos, nosotros recibimos los beneficios de su sacrificio. Si nosotros apostatamos voluntariamente “ya no queda más sacrificio por los pecados” (10.26).

¿Por qué estas palabras tan severas? El autor sabe lo que significa apostatar. Él nos ha hablado acerca de los preciosos dones de Jesucristo, dones que consisten en una nueva vida y esperanza. Desechar todo esto equivaldría a volver a crucificar al Hijo de Dios (6.6). En 10.29, el autor usa un lenguaje igualmente severo. ¡Una apostasía voluntaria sería un insulto, una profanación de lo santo! Equivaldría a pisotear (*katapateo*) al Hijo de Dios y a profanar Su sangre. Cuando reconocemos la grandeza del sacrificio de Cristo (7.1–10.18), entendemos el por qué de la severa advertencia que aparece en 10.26–31. La apostasía es un insulto a todo lo que Dios ha hecho.

Debemos reconocer que estas palabras no fueron dirigidas a personas que ya habían dejado la fe. El autor no plantea el problema de personas que desean volver a Dios después de su apostasía. Estas palabras fueron para advertir a personas que estaban considerando la posibilidad de apostatar. A estas personas se les estaba recordando que Dios es un Dios de juicio y de gracia.

Nosotros también somos tentados a apostatar después de oír un antiguo y gastado mensaje. Por lo tanto, la iglesia necesita oír, no solamente las buenas nuevas del sacrificio de Cristo. Hay lugar para una palabra de juicio y un recordatorio de que la apostasía es el más grave insulto a la bondad de Dios.

### **LA NECESIDAD DE MIRAR HACIA ADELANTE (10.32–39)**

Como Hebreos es un sermón modelo, notamos que las prédicas incluyen las buenas nuevas acerca de la gracia de Dios, así como la palabra de juicio en el sentido de que no debemos atrevernos a “pisotear” esta gracia. Hebreos 10.19–39, incluye tanto palabra de gracia, como palabra de juicio. Pero antes de que el autor concluya su exhortación, hay una característica más a ser examinada en 10.32–39.

Esto es lo que le dice a la cansada comunidad: “... os es necesaria la paciencia” (10.36); “No perdáis, pues, vuestra confianza” (10.35); “Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición” (10.39). Anteriormente, él le hizo

un llamado a esta titubeante comunidad, recordándoles cuán enorme es el don de Dios (10.19–20), y de la realidad de su juicio (10.26–31). En 10.32–39, él hace un llamado más.

¿Qué puede evitar que la iglesia deseche su preciosa posesión? En 10.32–39, él le recuerda a su audiencia de la promesa de Dios, que hará que el peregrinaje de ellos valga la pena. “No perdáis, pues, vuestra confianza, *que tiene grande galardón*; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, *obtenáis la promesa*” (10.35–36; énfasis nuestro).

El autor incluso anima a sus lectores a resistir, recordándoles lo que ya ellos han resistido. En los primeros días, estos cristianos habían sostenido “gran combate de padecimientos” (10.32). Algunos habían sido encarcelados, habían sido objeto de abusos, y habían sufrido el despojo de sus bienes (10.32–33). Pero ellos soportaron todo esto porque sabían que tenían otra clase de herencia, una que perduraría para siempre (10.34). La posesión que les daba la capacidad de resistir, era la que nadie podía arrebatárselos. No es por accidente que un libro escrito para cristianos cansados, incluya una importante cantidad de referencias al galardón o promesa de Dios. El cristiano se encuentra en la misma posición de Moisés, el cual resistió el dolor porque tenía la mirada puesta en un galardón (11.26). La fe siempre entraña confianza en el galardón de Dios (11.6). El cristiano imita a otros

que han vivido por fe por haber creído en la promesa de Dios (6.20).

En tiempos en los que nos aburrimos con historias que ya hemos oído antes, necesitamos “traer días mejores a la memoria”. Debemos recordar la esperanza que nos ayudó a superar obstáculos y a resistir, ya fuera el abuso o el dolor. Resistimos en el pasado porque sabíamos que no estábamos luchando por una causa perdida. Incluso, cuando estemos momentáneamente cansados de nuestras responsabilidades, y no se vislumbren victorias inmediatas, la esperanza nos ayuda a sobrevivir.

En un principio, esta importante sección de Hebreos (8.1—10.39) puede parecerle difícil de entender al lector moderno. Sus referencias a antiguas costumbres pueden parecernos que es poco lo que nos dicen a nosotros los que luchamos con la tarea de ser cristianos. Pero si notamos la exhortación que viene al final (10.19–39), reconoceremos que el autor llama a sus lectores a permanecer fieles, describiéndoles la grandeza de lo que se ha hecho por ellos mediante el sacrificio de Cristo. No es sólo por este gran sacrificio que el cristiano es sustentado. También vive con el reconocimiento de la tragedia que significaría “pisotear” este don. Él sabe que este don es sólo el comienzo de las promesas de Dios. El cristiano tiene una posesión demasiado preciosa como para desecharla. ■

---

## *La aplicación de la Escritura a la vida*

---

### *Conversación entre niños*

Una caricatura presenta a un par de niños que caminan de la escuela hacia su casa. Los dos parecen que están en primero o segundo grado. Uno de ellos, con una mirada muy solemne, le anuncia al otro: “Según me parece, no se puede confiar en nadie que sea mayor de nueve años”.

### *Fuente de suministro*

Se cuenta la historia de dos jeques árabes que pasaron varias deliciosas semanas visitando Londres. Cuando estaban a punto de marcharse, el administrador del hotel les quiso presentar algún regalo que les hiciera recordar con agrado su visita a la ciudad. Cuando les preguntó acerca de lo que ellos deseaban, los jeques, recordando la seca y

árida tierra del Sahara, a la cual regresarían pronto, pidieron que se les dieran los dos grifos de la tina de baño que ellos usaron. Habían llegado a creer que los grifos eran todo lo que uno necesitaba para obtener agua potable —qué gran regalo hubiera sido éste para la tierra seca en la que ellos vivían.

### *Limitados por nuestra visión*

W.E. Sangster contaba la historia de una pequeña niña que venía a casa de la escuela, anunciando orgullosamente que se había aprendido las tablas de multiplicar hasta poder decir cuánto era doce por doce. El abuelo de ella le preguntó maliciosamente: “¿Cuánto es trece por trece?”. Ella le respondió: “No seas tonto, abuelo. No existe tal cosa”.